

## CREACION DEL SISTEMA MUNDIAL MODERNO

**Emmanuel Wallerstein.**

En un mundo jamás imaginado. Editorial Norma. Colombia.  
Quinientos años del descubrimiento de América. 1992

Podría afirmarse que la creación del sistema mundial moderno data de finales del siglo XV. Los “descubrimientos” en general, y el descubrimiento de América en particular, se realizaron a finales del siglo XV. Esto no es una coincidencia ni tampoco se trata de fenómenos relacionados por causas comunes. En realidad corresponden a los dos lados de una misma moneda. Los descubrimientos fueron un elemento integral y esencial de la creación del sistema mundial moderno. Más aún, sólo podemos darle el nombre de descubrimientos dentro del contexto de la creación de ese sistema mundial moderno, puesto que, de lo contrario, no tendría ningún sentido.

Debemos comenzar la historia refiriéndonos a los dilemas a los que se enfrentaban los europeos en la Edad Media. Al comienzo, durante el periodo que siguió a la decadencia del Imperio romano, Europa era una zona del mundo relativamente pobre y atrasada. No podía compararse en riqueza o cultura con los califatos árabes o con los sucesivos imperios de la China. En ocasiones damos a este periodo de la historia europea el nombre de oscurantismo, lo cual es aceptable siempre y cuando recordemos que dicha “oscuridad” debe medirse no solamente con respecto a la Europa “moderna” si no también con respecto a las otras partes del mundo de esta misma época.

Luego se estableció el sistema feudal, en realidad, producto sólo de la baja Edad Media. Esta se inició a partir del año 1.000 aproximadamente, cuando el sistema de feudos que unía a reyes, príncipes o duques con nobles menores, a su vez unidos con vasallos del campo, estaba plenamente arraigado y floreciente. Este sistema funcionó bien en un principio y permitió el crecimiento de la población, del comercio y de los centros urbanos, el cultivo de gran cantidad de tierras recién explotadas y la expansión del cristianismo hacia el Oriente y el norte de Europa, y hacia zonas musulmanas en el Mediterráneo, por medio de las cruzadas.

La combinación de la fuerte explotación de los siervos por los señores feudales, la utilización de tierras cada vez menos fértiles para cultivar y alimentar a una población creciente y el enfriamiento del clima (la “pequeña glaciación”), produjo un estancamiento económico generalizado y prolongado en Europa (1250 - 1450). La peste negra dejó su huella al diezmar en cerca de una tercera parte la población



europaea. El comercio perdi6 vigor y las ciudades se redujeron en tama1o. Con el estancamiento se encogieron tambi6n las fronteras de la Europa cristiana: derrota de los cruzados en el Cercano Oriente, invasi6n de Europa Oriental por parte de los mongoles seguida posteriormente por la conquista otomana del sureste europeo, hasta llegar a las puertas de Viena. La situaci6n obligo tambi6n a abandonar grandes zonas agr6colas dentro de Europa, dando lugar a las llamadas "aldeas abandonadas". Por 6ltimo el estancamiento llevo a importantes luchas destructivas, como la guerra de los Cien A1os, las cuales arrasaron segmentos apreciables de la nobleza europea.

Esta serie de problemas produjo un triple colapso: el de los se1ores feudales, el de los Estados y el de la Iglesia. El colapso de los se1ores feudales se explica f6cilmente. La reducci6n de la poblaci6n campesina, unida a la disminuci6n de las 6reas cultivadas, mengu6 sustancialmente los ingresos de los se1or6os. Los labriegos que sobrevivieron se encontraron en posesi6n de un gran poder de negociaci6n, puesto que hab6a una enorme escasez de mano de obra. Esta situaci6n llevo a que los se1ores feudales se disputaran la mano de obra disponible. Adem6s, el n6mero de se1ores feudales era cada vez m6s escaso, no solamente a causa de la peste, sino de las guerras destructivas en que viv6an, por lo cual quedaron en desventaja para intimidar a los campesinos. Poco a poco, estos consiguieron dos beneficios importantes: una reducci6n apreciable de las rentas que deb6an pagar (es decir, cada vez pudieron conservar una parte m6s grande de lo que produc6an) y el desmantelamiento de la mayor6a de las restricciones serviles (en muchos casos el final mismo del sistema de servidumbre). Por lo tanto, hacia la primera mitad del siglo XV, los se1ores feudales atravesaban por una dif6cil situaci6n social y financiera. Al mismo tiempo aumentaban no solo los ingresos de los campesinos, sino tambi6n los salarios de las ciudades.

Simult6neamente, y por razones semejantes, prevalec6a el desorden en las estructuras estatales, los se1ores feudales perd6an poder sobre los campesinos y los reyes y pr6ncipes sobre la nobleza. Los ingresos de los Estados se desplomaron, perdiendo as6 la capacidad para mantener tan siquiera las peque1as burocracias que hab6an logrado construir. Durante este periodo de confusi6n, les resultaba mejor y m6s f6cil a los se1ores feudales hacer caso omiso y hasta desafiar el poder de las autoridades centrales. El proceso se fue acomodando hasta que muchas de las arcas reales quedaron vac6as.

Y fue tambi6n durante esta 6poca y por las mismas razones, cuando la iglesia, tercer pilar del poder social de la Europa feudal (con los se1ores y los Estados), comenzo a desplomarse. La base econ6mica de la iglesia no escap6 a este derrumbamiento puesto que sus instituciones (abad6as, obispados y el mismo



papado), tenían grandes extensiones de tierra que sufrieron la disminución de sus rentas a causa del estancamiento. Al mismo tiempo, los campesinos ganaban poder frente a los señores feudales que, a la vez, ignoraban a los Estados y éstos se sacudían de sus obligaciones para con el papado. El resultado fue un conflicto interno dentro de la iglesia: por una parte el Cisma de Occidente, que debilitó al papado frente a los cardenales y obispos; y, por otra, el surgimiento de movimientos igualitarios y antiautoritarios, algunos dentro del seno de la misma iglesia (como el de los franciscanos) y otros, por fuera de ella, considerados como heréticos. Y por si fuera poco, durante esta época de grandes dificultades financieras, la iglesia permitió que prosperaran y se difundieran prácticas corruptas que generaron gran descontento entre los fieles.

La Europa feudal se desmoronaba y los movimientos y prácticas igualitarias ganaban terreno. Los estratos gobernantes tradicionales eran los grandes perdedores y veían su futuro bastante gris. Europa era un terreno abonado para ser conquistado desde fuera. Sin embargo, por razones que no tuvieron nada que ver con su situación interna, la amenaza de los mongoles se desintegró en ese momento y Europa se salvó.

Las clases dominantes aprovecharon entonces la oportunidad para poner orden en su propia casa, creando un sistema nuevo para remplazar al sistema feudal que agonizaba. Visto en retrospectiva, podemos decir que fue a finales del siglo XV cuando encontramos el comienzo de lo que hoy denominamos como la “economía - mundo” capitalista.

En ocasiones damos al sistema creado en esta época el nombre de modernidad, pero la modernidad es un conjunto de muchos fenómenos relacionados entre sí y de los cuales podemos mencionar cinco de gran importancia:

El primero fue el capitalismo como sistema económico. La esencia de este sistema consistió en reunir todo tipo de procesos de producción en una área muy amplia (la “economía - mundo”) en la cual la principal motivación de los propietarios era acumular capital. La búsqueda incesante de esta acumulación es la característica concreta que define al capitalismo.

El afianzamiento de este sistema económico requirió de varios cambios: Una creciente mercantilización de todas las actividades productivas y una acentuada división geográfica del trabajo en la cual las actividades más rentables y monopolizadas se concentrarían en un *centro* y las menos rentables y más competitivas quedarían en la *periferia*. Como las actividades eran menos rentables



en la periferia, era necesario un mayor esfuerzo para reducir los costos de mano de obra, utilizando un alto grado de coacción sobre los trabajadores.

En el momento de crearse el nuevo sistema mundial moderno, América pasó a ser una de las primeras zonas periféricas (exportadora de oro, azúcar y otros bienes primarios), mientras que el noroeste europeo se convirtió en el centro del sistema y aunque España y Portugal encabezaron los descubrimientos, nunca pudieron formar parte de este centro. Terminaron desempeñando el papel de simples intermediarios, transmitiendo los bienes industriales del centro a las Américas y pagándoles con los bienes de la periferia.

Como el capitalismo recompensaba todo aquello que contribuyera a aumentar la rentabilidad, estimuló el florecimiento de la ciencia y la tecnología. La ciencia moderna, empírica y encaminada a explicar la forma como funcionan las cosas, fue el segundo pilar fundamental de esta modernidad y un elemento esencial para el funcionamiento del sistema capitalista. Los mismos descubrimientos fueron posibles gracias a los avances tecnológicos en el arte de la navegación y de la construcción naval.

La combinación de capitalismo y ciencia imprimió gran ímpetu al tercer fenómeno importante de la modernidad: la secularización creciente de la vida social o relegación de las instituciones religiosas a la esfera privada. Obviamente, tanto la iglesia católica como la iglesia protestante se opusieron a esto; pero ya habían perdido ese papel protagónico, como fuentes únicas de los valores y de la fe, que la iglesia había desempeñado en Europa durante la Edad Media. Ahora, debían competir con una fuerte corriente racionalista inspirada en la ciencia y el capitalismo, base de una civilización materialista.

El cuarto aspecto importante de la modernidad fue el sistema de Estados. Normalmente pensamos que éstos siempre han existido, sin tener en cuenta que nacieron como resultado del sistema mundial moderno. Además, no nacieron independientes unos de otros, sino organizados dentro de un sistema interestatal, con fronteras delimitadas y sujetos a obligaciones recíprocas (la diplomacia, las normas de guerra, la soberanía nacional y el derecho internacional).

Fue apenas a finales del siglo XV, que las denominadas “nuevas monarquías” se instalaron en España, Francia e Inglaterra, como parte de la creación del sistema mundial moderno. El siglo siguiente fue el del absolutismo, un mecanismo para fortalecer las estructuras estatales nacientes. En América, los Estados europeos crearon colonias, las cuales resultaron ser cimiento de nuevos Estados (convirtiéndose en miembros plenipotenciarios del sistema interestatal sólo tres



siglos después). Todos estos nuevos Estados buscaron ejercer autoridad exclusiva sobre la policía, las fuerzas armadas y los impuestos, dentro de su territorio. Su objetivo era gobernar directamente a todos los individuos que habitaban dentro de sus fronteras, sin pasar por un ente intermediario, exigiéndoles, ante todo, lealtad.

La última característica, aunque la no menos importante del paquete de la modernidad, fue el universalismo: creer que los valores que descubrimos, los valores que anhelamos y los derechos que tenemos, pertenecen a todas las personas sin excepción y sin que implique pasar por un rito de ingreso (como pertenecer a algún credo o patrimonio genético determinado). Esta fue una idea muy liberadora que le ofrecía a todo el mundo acceso a la vida en sociedad. Pero, por otra parte, fue una visión sofocante e imperialista, que proporciono a quienes detentaban el poder la justificación para imponer a los débiles su forma de organizar la vida a nombre de los valores universales.

¿Qué significó para Europa la creación del sistema mundial moderno? La enriqueció y la convirtió en el centro de poder del mundo durante los cinco siglos siguientes. Pero eso no fue lo único que medió. Recordemos el triple colapso ocurrido en Europa entre 1250 y 1450 y el consiguiente acrecentamiento del poder de los campesinos y la difusión de las ideologías igualitarias dentro de la iglesia. La creación del sistema mundial moderno puso fin a todo eso. Redujo nuevamente el poder de los campesinos, provocó el renacer y la nueva legitimación de un sistema muy poco igualitario en el cual los señores feudales pasaron a ser la burguesía moderna. Además, condujo a la imposición de este sistema altamente desigual sobre el resto del mundo y en especial sobre los pobladores de las Américas.

Junto con el modernismo vino algo nuevo que podemos llamar la americanidad, no porque fuese un fenómeno particular de América, sino porque fue allí donde se desarrolló plenamente desde el principio.

La primera característica de la americanidad es la colonialidad. La colonialidad fue una idea según la cual, el sistema interestatal, si bien compuesto teóricamente por Estados igualmente soberanos, era en realidad un sistema jerárquico en el cual algunos Estados eran más importantes que otros. Claro está, que los Estados menos importantes y menos poderosos eran aquellos que carecían totalmente de soberanía, es decir, las colonias. De allí el nombre de colonialidad.

La colonialidad va más allá del colonialismo, el cual es apenas una parte de ella. Ni siquiera es simplemente una jerarquía política sino también una jerarquía sociocultural. Por esta razón, prevalece sin tropiezos aún después de que las



colonias obtuvieron su independencia formal. La colonialidad ha existido como parte del sistema mundial moderno hasta hoy; es el producto y la justificación de las desigualdades entre las zonas centrales y las zonas periféricas de la economía - mundo capitalista. Se manifiesta política, económica y culturalmente, en nuestra forma de pensar, hablar y proceder. La colonialidad se reproduce así mismo, pese a que las personas que se encuentran en los niveles más bajos de la jerarquía tratan, obviamente, de luchar contra ella.

Si la colonialidad es la expresión de la desigualdad entre los Estados del sistema mundo moderno, la etnicidad es su manifestación al seno de cada Estado. Todos los Estados del mundo moderno, sin excepción, están compuestos por grupos étnicos, por lo general uno dominante y muchos otros inferiores. Fue en América donde primero surgieron nombres para identificar dichos grupos: indios, negros, blancos (criollos y europeos), blancos de "orilla", mestizos,... Aunque los nombres han cambiado a través de los siglos, el concepto ha persistido.

Las categorías mismas son seudogenéticas y seudoculturales. Esto quiere decir que siempre reflejan la realidad del momento pero encuentran justificación en supuestas herencias genéticas o culturales. Una de las principales funciones de esas categorías es legitimar la asociación de ciertos grupos con ciertos tipos de actividad económica. Durante el periodo colonial en las Américas, significó la esclavitud para los negros y el repartimiento o mita (y posteriormente peonaje) para los indios. Incluso, después de eliminado el trabajo forzado, aún prevalece la asociación entre la categoría económica amplia y la etnicidad.

La etnicidad opera en ambos sentidos. Unas veces sus categorías nos son impuestas por otros, pero al propio tiempo nos las imponemos nosotros mismos. Recurrimos a ellas para enfrentarnos al mundo y afirmar nuestros derechos, pero también para aprender a trabajar dentro del sistema de desigualdad. La etnicidad es una espada de doble filo que suele ocultar las luchas más inmediatas por nuestro bienestar económico. La etnicidad se ha convertido, por tanto, en un factor esencial de nuestra vida política. Es difícil comprender los sucesos políticos importantes sin tener en cuenta la etnicidad. Por ejemplo, no es posible apreciar la historia de los movimientos de independencia en América sin tomar en consideración las luchas étnicas que había en el fondo de la rebelión de Túpac Amaru y el levantamiento de los comuneros, o los temores que la rebelión de los esclavos haitianos inspiraba a muchos criollos.

Además de la colonialidad y la etnicidad, la americanidad también dio nacimiento al racismo, el cual consiste en reforzar la etnicidad mediante restricciones jurídicas y argumentos teóricos a favor de la permanencia e inevitabilidad de las



desigualdades. El racismo entra en escena, cuando los mecanismos informales de la etnicidad dejan de ser suficientes. Por ejemplo, al abolirse la esclavitud en el siglo XIX, apareció por primera vez en Estados Unidos la segregación formal de los negros y de los amerindios.

Incluso cuando el racismo perdió toda legitimidad jurídica, encontró refugio en el universalismo a través del uso del sistema de exámenes como mecanismo para asignar posición social en el siglo XX. Aunque el sistema de exámenes es igualitario (todos se someten a las mismas pruebas), las realidades de la estructura social racista hacen que la preparación de los distintos grupos sea desigual, garantizando resultados desiguales. Es así como el racismo rinde su fruto disfrazado de universalismo antirracista.

La última forma como la americanidad ha contribuido a perpetuar un sistema mundial que no es igualitario, ha sido la idolatría por lo nuevo. La búsqueda constante de lo nuevo (y, ¿Qué podría serlo más que el nuevo mundo?) el deseo de alcanzar lo más moderno hizo que todos se olvidaran de las estructuras de larga duración, precisamente de aquellas que surgieron con la creación del sistema mundial moderno, pilares encargados de perpetuar la desigualdad dentro del sistema.

Es así como encontramos en la historia de la creación del sistema mundial moderno, la explicación de las ambigüedades y de las controversias que han rodeado a la celebración, en 1992, del quinto centenario de los descubrimientos.

Los descubrimientos fueron hechos por una Europa que, entre 1250 y 1450, atravesaba una situación difícil o cuyas clases o instituciones gubernamentales se desplomaban. Los descubrimientos fueron parte integral de la creación del sistema mundial moderno, en la medida en que solucionaron los dilemas de las clases y las instituciones dominantes de Europa. Como solución, funcionaron admirablemente, poniendo freno en muy poco tiempo a la desintegración de Europa y a la difusión del igualitarismo. El resultado fue la creación de un nuevo sistema de desigualdad, economía - mundo capitalista, con América como una de sus principales zonas periféricas.

Este sistema de economía - mundo capitalista fue maravilloso para sus beneficiarios, en especial para los de las zonas centrales, les puso a su disposición los milagros de la modernidad: las utilidades capitalistas, las maravillas de la tecnología, un mundo secularizado sin las restricciones de la religión, Estados fuertes dentro de un sistema interestatal eficiente y unos mitos de universalismo. Pero para la mayoría de quienes se encuentran en las zonas periféricas, como es el



caso de la mayor parte de América, ofreció ventajas menos claras: colonialidad, etnicidad, racismo y una búsqueda engañosa de lo nuevo.

Mirando hacia atrás en estos quinientos años podemos apreciar cosas que no se vieron con claridad en su momento, siempre y cuando examinemos las estructuras básicas del sistema mundial en el cual vivimos y apreciemos los rasgos fundamentales del cambio histórico: quiénes ganaron, quiénes perdieron y cómo sucedió todo esto.

*Documento escrito por Emmanuel Wallerstein en la celebración de los quinientos años del descubrimiento de América, para explicar el sistema mundial moderno a los jóvenes de América Latina. Transcripción Fernando Valencia – Paula Torres.*

